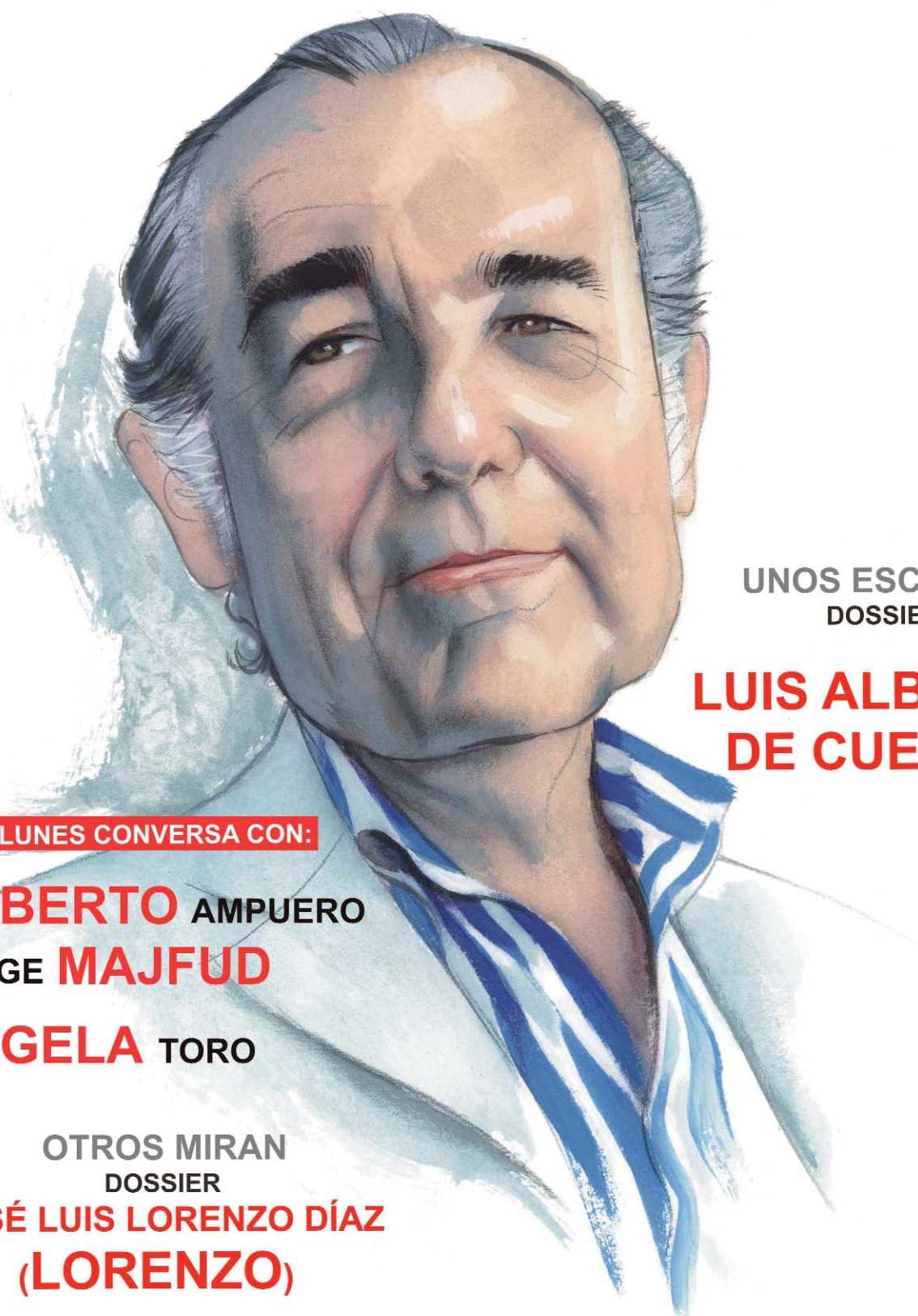


JUNIO 2009
AÑO 3

OTROLunes

REVISTA HISPANOAMERICANA DE CULTURA

Nº 08



UNOS ESCRIBEN
DOSSIER

LUIS ALBERTO DE CUENCA

OTROLUNES CONVERSA CON:

ROBERTO AMPUERO

JORGE **MAJFUD**

ÁNGELA TORO

OTROS MIRAN
DOSSIER

JOSÉ LUIS LORENZO DÍAZ
(LORENZO)

Y MÁS...

labras sobre el pensamiento del filósofo: ...el corpus de fragmentos que ha llegado a nosotros funciona como un faro que ilumina nuestra mente e infunde en ella una extraña sabiduría, pues se parece más a la duda que a la incertidumbre, a la perplejidad que a la fe, y nos deja gloriosamente deshabitados... Deshabitados, así me gusta vernos, expuestos a la fragilidad... “Somos bien poca cosa”, dice Octavio Paz sólo “somos un signo que alguien hace a alguien”. Pareciera que nos vamos escribiendo mutuamente, como si dejáramos la huella de nuestra mano pintada sobre el cielo raso y profundo de la vida... Mano que conoce los pliegues de este extraño placer de ser demasiado humanos.

Graciela Baquero

Poeta. Tiene publicados los siguientes libros: *Contactos*, de poesía (Arnao Ediciones), *Pintura sobre Agua*, de relatos (Exadra de Ediciones) y *Crónicas de Olvido*, de poesía (Editorial Pamiela), *La Isla (Mundos Posibles)*, Oficio de Frontera, de poesía. (Editorial Eclipsados). Y la reedición de *Crónicas de Olvido* (Libro y CD MUNDOS POSIBLES Ediciones). Sus poemas están incluidos en varias antologías entre las que destacamos: *Ellas tienen la palabra* (Editorial Hiperión), *A Ciência do Adeus* (Edições pirata. Portugal), *Feroces* (DVD Ediciones), *Antología de poesía erótica española e hispanoamericana* (biblioteca Edaf), *Campo Abierto* (DVD Ediciones) y en la antología de cuentos: *Pequeñas Resistencias* (Páginas de Espuma).



Horas de visita

Irene Zoe Alameda

Fue un amable ritual de descanso, un receso en el palacete. Avancé los 40 pasos en forma de 7 que mediaban entre mi despacho y el suyo.

“¿Vienes a rendir pleitesía al viejo maestro? Adelante, Zoe.”

“Hola Luis Alberto. Vengo a saludarte.”

“Ay, querida amiga, nos evacuan del Centro. Regalan nuestro palacete a los diputados.”

“Y tú aún tienes las paredes llenas de pósters. ¡Ay! Ese reloj de Tintin es una maravilla.”

“Es de El Tesoro de Rackham el Rojo. Me lo ha regalado Alicia, mi mujer. Nunca me has dicho cuál es tu cuento favorito, no de Tintin, en general.”

“Precisamente, Alicia.”

“Una escritora como tú habrá leído, sin duda, los cuentos de Madame Leprince de Beaumont.”

“No, no... No los he leído”.

“Madame Leprince es una escritora interesante. Sobre su versión de La bella y la bestia, alguien dijo que empieza donde acaban los demás cuentos. Está en Magasin des Enfants.”

“Tomo nota”.

“Lees en francés, claro”.

“No.”

“Es que tú eres joven. A mí me enseñaron francés. Tú eres más anglosajona. Y germanófila. Habrás tenido el inmenso placer de leer a Wilhelm Hauff en alemán.”

“No. Pero lo anoto y lo haré enseguida.”

“¡Qué suerte tienes de no haberlo leído! Así puedes disfrutarlo. Ese es un placer que yo ya he consumido. Te gustarán sus cuentos. Tiene grandes cuentos de terror.”

“Anotado.”

“Bien.”

“A ti te gusta la literatura gótica, ¿verdad?”

“Sí, pero no tanto como a ti, me temo.”

“A mí me encanta. Has leído a Mary Shelley, claro.”

“Claro.”

“Te gustará leer El vampiro, de Polidori. Polidori era el médico que acompañaba a Byron y a los Shelley. Se suicidó joven, el pobre.”

(Su aspiración casi desvanecida, como un suspiro aspirado.)

“¿Qué estás leyendo estos días, Zoe?”

“A Alkman, un poeta grieg...”

“Espartano. Yo lo he traducido. ¿Qué es exactamente lo que te gusta de Alkman?”

“Que sabe que la retórica es el instrumento al servicio de lo ilógico.”

“Eso es lo que saben los poetas.”

“Lo que sabéis los poetas”.

(De nuevo, su aspiración casi desvanecida, como un suspiro aspirado.) Proseguí:

“También le doy vueltas a un texto de Anne Carson que me ha llevado a Virginia Woolf; y ésta me ha conducido a Leopardi. Son variaciones sobre el infinito y el centro, que se desmorona y cae – cae, con él, todo.”

“e il naufragar m'è dolce in questo mare. Leopardi me recuerda a Dylan Thomas. ¿Qué dicen del infinito Woolf y Carson?”

“Hablan de una muesca en la pared, y de las off hours. Las off hours son las horas de indefinición, las horas que no cuentan porque no producen, las horas que se pierden. Las que se definen por un salto entre antes y después – vacías de causa, sos-





pechosas de ser, o de dar, un cobijo clandestino. Las horas que transcurren entre los pulsos y los dígitos de un reloj en forma de sonido o de espacio por recorrer. Son tiempo, son horas, pero dejan poco rastro y casi no se puede decir que existen.”

“Off hours. Es un buen concepto.”

“Sí. Tienes que descolgar los pósters. Te dejo para que puedas seguir recogiendo.”

“No será lo mismo en el nuevo edificio, porque no me han puesto sofá ni asientos adicionales. Quieren evitar que gaste-mos nuestro tiempo charlando; quieren que produzcamos.”

“Adiós a las off hours.”

(Y la última aspiración desvanecida. El suspiro aspirado.) Me despedí:

“Hasta la próxima, entonces.”

“Hasta la próxima. Cuando estemos en el nuevo edificio, envíame un SMS antes de ir a mi despacho, por si estoy fuera.”

Irene Zoe Alameda

Nació en Madrid en 1974. Se licenció en Filología Hispánica en la Universidad Complutense, y prosiguió sus estudios en Alemania y Estados Unidos, donde se doctoró en Literatura Comparada por la Universidad de Columbia. Ha traducido al español varias novelas y un libro de poemas. Ha sido profesora de Literatura en diversas universidades norteamericanas, y en la Universidad Carlos III de Madrid. Actualmente es Investigadora de Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Durante los últimos años sus trabajos sobre cine, lenguaje y literatura han aparecido en distintas publicaciones especializadas. Aparte de su actividad académica y literaria, es autora de varios guiones de cine y directora de dos cortometrajes. *Sueños itinerantes* es su primera novela, de la que la editorial Seix Barral tiene los derechos para la lengua española.



El latido claro de la vida

Javier Lostalé

He releído de nuevo la poesía de Luis Alberto de Cuenca, y otra vez la vida me ha mostrado su rostro en el que, en misteriosa alianza, lo mínimo alberga en su seno un horizonte infinito, pues el suceso humano se manifiesta en ella pleno de posibilidades debido a la permanente interrelación de espacios y tiempos, a la encarnación en sus versos de vivencia y cul-

tura en el mismo grado de tensión, llegándose así al poso más lúcido del amor y del dolor y a extraer de los sueños y de los deseos su cuerpo más transparente. Todo amanecido por la fuerza siempre virgen, nunca separada de la realidad, de la imaginación. Desde *Los retratos y Elsinore*, donde ya la pasión por el lenguaje y la lectura son lumbre de poemas “culturalistas, en la estela de Pound”, como señala el propio poeta, hasta la gravidez anímica y el peso de la reflexión de *Por fuertes y fronteras*, *Fiebre alta*, *Sin miedo ni esperanza* y *La vida en llamas*, pasando por *La caja de plata*, tan íntimamente poblada de sombras con fiebre, de historias con pulso, *El otro sueño* y *El hacha y la rosa*, la poesía de Luis Alberto de Cuenca aúna lo mítico y lo cotidiano en una síntesis que lleva al límite la realidad hasta comunicar su temblor último. Su carácter narrativo crea en la mirada del lector escenas tan incubadas por el corazón que es imposible que éste no participe de lo que allí sucede o se imagina, hasta el punto de hacerse él mismo escritura, sumando sus huellas a las del autor. Narración que incluye distintas gradaciones de humor para “resistir-como dice Javier Letrán- al destino”, y posee la semilla de la sorpresa. Nada hay que no sea habitable en los poemas de este creador de un mundo en el que las mujeres son crisálidas del sueño, emanación física de la aventura, fuente inagotable de melancolía, soplo que mueve y enciende la caligrafía, explosión incontrolada, criaturas de ficción en llamas, biografía doméstica con diamantes, barómetro de la ausencia y de la tristeza, termómetro de lo fugaz y esperanza de juventud, olor de lo perdido, lugar primero sin tiempo: Fui feliz en aquella casa llena de flores / y de libros prohibidos. La casa en que tú eras/ Ginebra en nuestros juegos, y yo era el rey Arturo/(no había un Lanzarote que echara a perder todo)./La casa donde fui doncella de mis ansias,/dueña de mis suspiros, muralla de mi pecho,/cofre de mi tesoro, brindis de mis soldados./La casa que tenía un arcón misterioso/ que guardaba el secreto de la sabiduría/ y del amor eterno, la droga de la fe,/la copa del olvido y el cáliz del coraje./La casa en que una tarde de sueños compartidos,/mientras se soleaba la ropa en la terraza,/te nombré soberana de un reino en que la noche/ no existía y la muerte no dictaba sus leyes. Mujeres que son el eje de rotación de la existencia, calendario de tormentas y días apacibles, mapa de lugares conquistados en su compañía, desiertos también tras algunas despedidas, ámbito en que la entrega se torna dulce antropofagia, con su filo de humor y relámpago final o sorpresa: Dile cosas bonitas a tu novia:/ “Tienes un cuerpo de reloj de arena/y un alma de película de Hawks”(…) Y cuando se lo crea/y comience a licuarse entre tus brazos,/no dudes ni un segundo:/bébetela, o la fusión entre los amantes adquiere una dimensión metafísica, sin separarse de lo concreto: Có-meme y, con mi cuerpo en tu boca,/hazte mucho más grande/o infinitamente más pequeña./Envuélveme en tu pecho./Bésame. / Pero nunca me digas la verdad./Nunca me digas: “Estoy muerta./No abrazas más que un sueño. Mundo fecundado por la presencia femenina el de Luis Alberto de Cuenca, en el que, como otra forma de amor, también brilla la amistad, generadora de equilibrio y de paz (…) Cuando pienso en los viejos